

4817

FRATRICIDA

Monólogo en prosa

POR

CARLOS DE CUETO LEMOS



EST. TIP. DE "EL CRONISTA"

SERRADILLA



FRATRICIDA

Monólogo en prosa

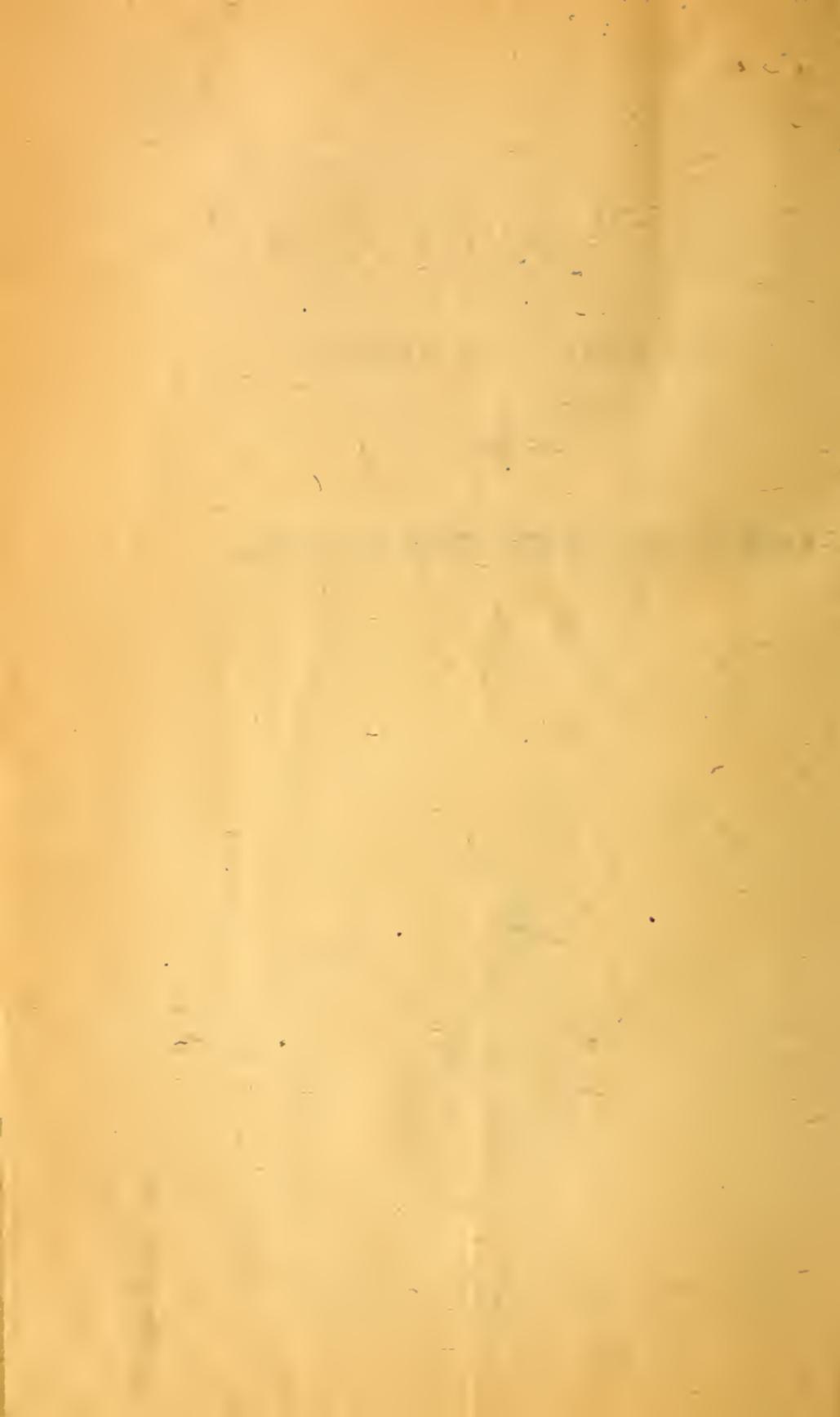
POR

CARLOS DE CUETO LEMOS



EST. TIP. DE "EL CRONISTA"

SERRADILLA



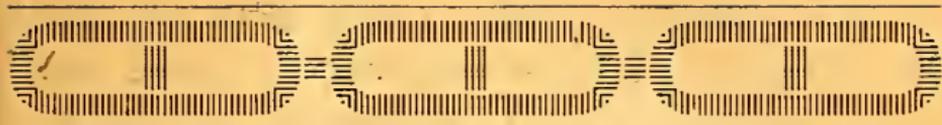


A MI HERMANA

Disilación Cuelo. Lemos, que hizo una creación de esta Margarita y que supo con su arte proporcionarme un triunfo señalado.

El Autor.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



MARGARITA V. Cueto Lemos
Hermana de la caridad. . . . N. N.

Sala blanca. La acción se supone en una celda de un manicomio: Margarita, reclusa, dirigiéndose a una hermana de caridad que al levantarse el telón hace mutis.

MARGARITA

¡Vete!.. ¡Vete!.. ¿Queréis que os diga por qué hice... lo que hice?.. ¿Para qué? ¡No me comprenderías, seguirías llamándome ¡fratrida! ¡Y después de descubrir mi alma, con sus hondas ulceraciones, con sus sangrantes catrices, apostrofarme de ese modo... ¡no! ¡Nunca! Seguir llamándome loca, eso sí. ¡Eso!
! (Pausa).

A los dos los quería, los amaba con toda mi alma... y por eso los maté; de otros seres que hubiera venido la ofensa, la hubiera afrontado altiva, despreciando el ridículo que sobre mi dignidad de esposa venía. Pero de ellos... ¡no! (Pausa).

Mi yo interior se niega a creerlo, lucha con la evidencia, dice que es monstruoso... que es horrible... ¡Pero aun fué más horrible la traición! Oyela, espíritu, tú que dudas de lo que yo hice en un momento que tú te alejaste de mí. Ve las pruebas del crimen y tú, juez imparcial, juzgarás y dirás que no tienen razón en llamarme ¡Fratricida! (Pausa).

Desde que pisó mi hermana el umbral de mi casa cuando la muerte de nuestra madre la felicidad huyó para siempre; y lo que a otra mujer (sin que la sospecha le hubiera atormentado) le hubiera causado goce, a mí me causó unos celos horribles, que me corroían las entrañas; vi a mi hermana acogida fraternalmente por mi esposo, y sus labios que desde la desgracia no se habían abiertos más que para lamentaciones, se abrieron a efumar levemente la sonrisa, y al cabo de unos días oí, por vez primera, su carcajada francamente provocativa; malignamente atrayente que era el acicate de mis celos.

Comprendo que sospeché pronto; que quicé mis recelos les indujera a amarse; que

continua y estrecha vigilancia les hiciera desearse más... pero no sabía reprimirme... no sabía. (Preguntándose a sí misma).

¿Comprendes espíritu, mis sufrimientos horribles de aquel tiempo? ¿No te sentiste tú torturado como toda la caja de mi cuerpo?.. ¿No?.. Pues juzga... Yo no sé si sería figuración mía, o engendro de las sombras de mi cerebro; pero yo veía que mi esposo, siempre tan cariñoso, se alejaba de mí... me miraba displicente, y el beso con que sellábamos nuestros sinsabores del día... dejó de dármele.

Y en cambio *ella*, siempre sonriente, cariñosa... no... compasiva, se acercaba más a mí a medida que él se alejaba; y en sus labios, que tenían nueva fragancia, siempre había besos que yo repugnaba y una palabra que me exasperaba hasta lo indecible. ¡Pobrecita! Comprendí que ambos se amaban, que el amor adúltero, el nuevo *amor*, tenía florecimientos malignos, y una tarde que miraba morir el sol tras las murallas derruidas que circundaban la ciudad castellana en que vivíamos, en éxtasis nostálgico de tiempos más felices... en la habitación inmediata sentí pasos, los reconocí, de *ellos*; y en el instante en que disponíame a escuchar, el chasquido de dos besos llegó hasta mí anonadándome, y poniendo una nota amorosa en aquel crepúsculo de oro y sangre.

Y entonces, sí, entonces empezó en mi alma a germinar un odio satánico. Imaginaba en la soledad de mi alcoba, desalojada de amor marital, torturas refinadas, martirios vesánicos, algo que superase en dolor a los ya conocidos, algo ultrahumano.... cruel.... ¿Concibes, espíritu, mis tormentos en aquel estado de corazón anestesiado, de crueldad?

Y ambos me huían... Y siempre que el azar nos ponía frente a frente, veía la mirada displicente de *él* y escuchaba la carcajada burlesca, sarcástica, de *ella*, que me ponía fuera de mí. (Pausa).

Y un día... al recordarlo una dulzura inefable invade mi ser... buscaba... trémula de coraje e ira un arma; creía haber llegado al agotamiento de mi paciencia; él había sido más displicente: ella, más *compasiva*; y desbordada la copa del dolor, quería venganza... libertarme de *ellos*, de mí misma, y cuando vi el revólver, cuando fui a coger delirante el arma, vi un retrato *de ella*; extendí mi mano hacia él, y al acercarlo a mí, maquinalmente leí: *A mi segunda madrecita*. Y sólo la palabra *madrecita* puesta sobre aquella cartulina fué suficiente para quitar fuerza a mi brazo, para que tirase lejos de mí, con terroros superstición, el arma que yo creí vengador y cayese ante el retrato de mi rival, como yo fuese la pecadora, suplicando perdón.

¡Madrecita! ¡Me llamaba madrecita! Y ante el influjo de esa palabra, que trajo a mi memoria nuestra infancia, el odio momentáneamente se convirtió en dulzura, y como obedeciendo a un benigno conjuro, fui añorando las ingenuas escenas de nuestra niñez, que transcurrió como sobre senda de rosas. Todo lo vi patente ante mí... (recordando) El colegio; los felices días de vacaciones, las reuniones familiares al calor del hogar... las veladas en que el abuelito entretenía nuestros oídos con leyendas de príncipes encantados, y princesinas que aguardaban la venida de su ser ideal; mi boda... ¡Ah! (Como herida)... Mi boda. Y en tan dulce recuerdo, subyugada por lo que fué, no pude contenerme y besé el retrato mientras que mi alma musitaba por lo bajo: hijita... hijita...

Acerquéme al pecho, ulcerado por ella, el retrato haciéndome la ilusión que la tenía en los brazos; conjuntéle más a mi seno porque airieron mis oídos un llanto infantil, e intenté acariciar, sin fijarme en lo imposible, su melenita rubia de angelote, que como corona de oro nimbaba su frente. (Como si efectivamente la acariciara). ¡Hijita! ¡Hijita! (Pausa... Se deshace).

Pero fué momentáneo. Salía de mi habitación embargada el alma de dulzura... pero al verlos, volvióse a recrudecer el odio... Era

monstruoso aquello: los ví abrazados a los dos... libando las mieles de unos besos adúlteros, y tal fué la magnitud del golpe que sentí enfriárame el cerebro... Procuré ocultarme más cerca para percibir su amorosa conversación, lo logré, y como suspiros llegaron hasta mí sus frases:

El preguntaba anhelante:

—¿Voy?

Y ella amorosa:

—Ve esta noche cuando mi hermana duerma.

El despreciativo:

—Tú hermana siempre duerme.

Y ella tuvo una carcajada de burla para mi fingida inconsciencia ante su amor. No pude reprimirme por más tiempo y saliéndome de mi escondite presentéme ante ellos con la sonrisa en los labios; quizás más afable que nunca. Yo los ví desconcertarse ante mi presencia; yo los ví bajar los ojos al suelo, trémulos de miedo, y al intentar escuchar sus pensamientos, con el ardimiento de los celos, y con la frialdad de la hipocresía, los ví palidecer, miré sus músculos contraerse en espasmos de sufrimientos y aun cuando yo vertí lágrimas de hiel en mi corazón, reí sarcásticamente triunfal. (Pausa).

Y llegó la noche. Lo que presencié en aquella fatídica tarde, me había postrado en un perfecto estado de inconsciencia; no podía conciliar el sueño; y en aquella interminable vigilia, oía el desgranar de las horas de un reloj de una torre vecina, que al tiempo que herían el corazón de la noche, toda dulzura y misterio, hería el mío toda amargura y venganza.

Levantéme del lecho procurando no hacer el menor ruido. Subconsciente de lo que hacía, sin saber por qué, ni para qué, cogí un puñalito que encontré sobre la mesilla de noche y empecé a andar guiada por la luz argentada de la luna que filtrándose a través de los balcones, era como siniestra antorcha en mi fatal camino; según cruzaba las salas de la casona antigua, a mi paso todo adquiría blancura de plata: los muebles, las tapias, los antiguos tapices, todo tenía una purificación de colores a mi presencia. Andaba, andaba... En un rincón único en penumbras, miré fulgurar dos ojos esmeraldas que me espiaban. Me acerqué a donde brillaban, y como por magia, aquellos ojos dejaron de espiarme.

Por fin llegué a la habitación de mi hermana; sobre el lecho ambos dormían plácidamente; unidos en estrecho abrazo, aspirando mutuamente sus alientos, descansando, extenuados de un ardiente combate de amor. So-

foqué un grito cubriéndome la boca con las manos; y entonces presentóseme la idea de exterminarlos. Miré con envidia a *ella*, con lástima a *él*, y acercándome besé silenciosamente sus labios en un mismo beso... Tal era la proximidad de sus bocas; y alzándome vengativa, levanté mi puñal que dió en el aire un silbido de serpiente, y lo sepulté rápido en sus dos gargantas. Dos gritos guturales se escaparon entre borbotonos de sangre de sus tráqueas partidas. Y después... nada... El silencio absoluto... Acerquéme a ellos para prodigarles mi último beso, y escuché hablar a sus cuerpos sin vida...

Ella: Madrecita... ¿Por qué me has muerto?

El: Eposa mía... Esposa adorada...

Entonces comprendí la magnitud de lo que hice y arrojándome sobre sus cuerpos sin vida los colmé de caricias...

Pero aquellos gritos de madrecita y esposa sonaban en mis oídos tan fuerte, que intenté calmarlos con mi llorar... y no pude; no tenía lágrimas en los ojos y reí... ¡reí!.. para apagar aquellos gritos madrecita... esposa... que en contraban un eco en mi alma que clamaba. ¡Fratricida! ¡Fratricida! Has muerto dos vidas que tenían derecho a amarse. ¡Fratricida! ¡No eso no! ¡Fuí loca! ¡Loca, sí! ¡Loca, sí!...

(Lanza una carcajada que se pierde al bajar el telón).

CARLOS DE CUETO LEMOS





Obras del mismo Autor

P O E S I A

Por la Castilla hidalga y medioeval.

Horas Místicas.

Lágrimas de España.

Frivolidades.

Gestas Españolas.

T E A T R O

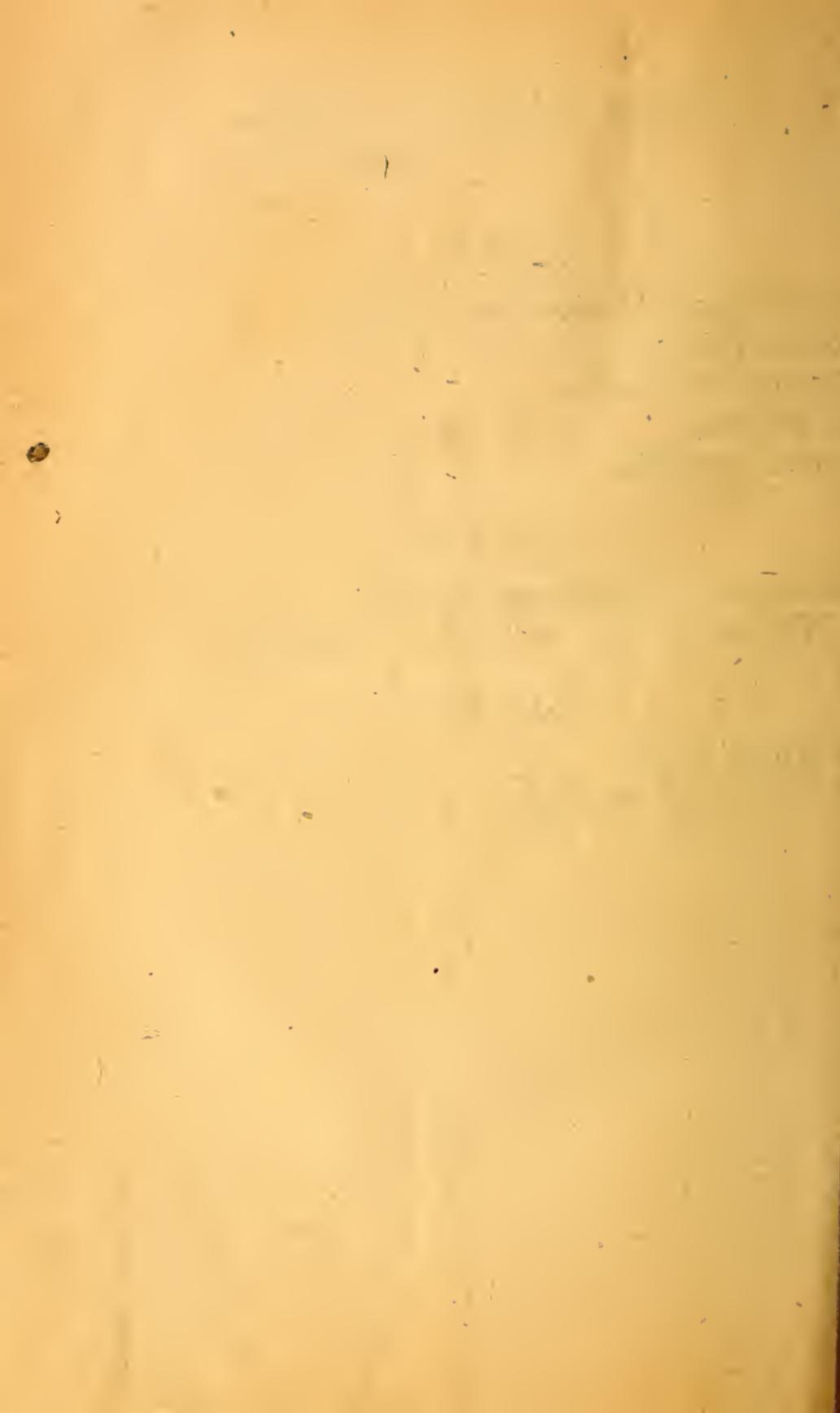
Los mártires de la Guerra (2 actos).

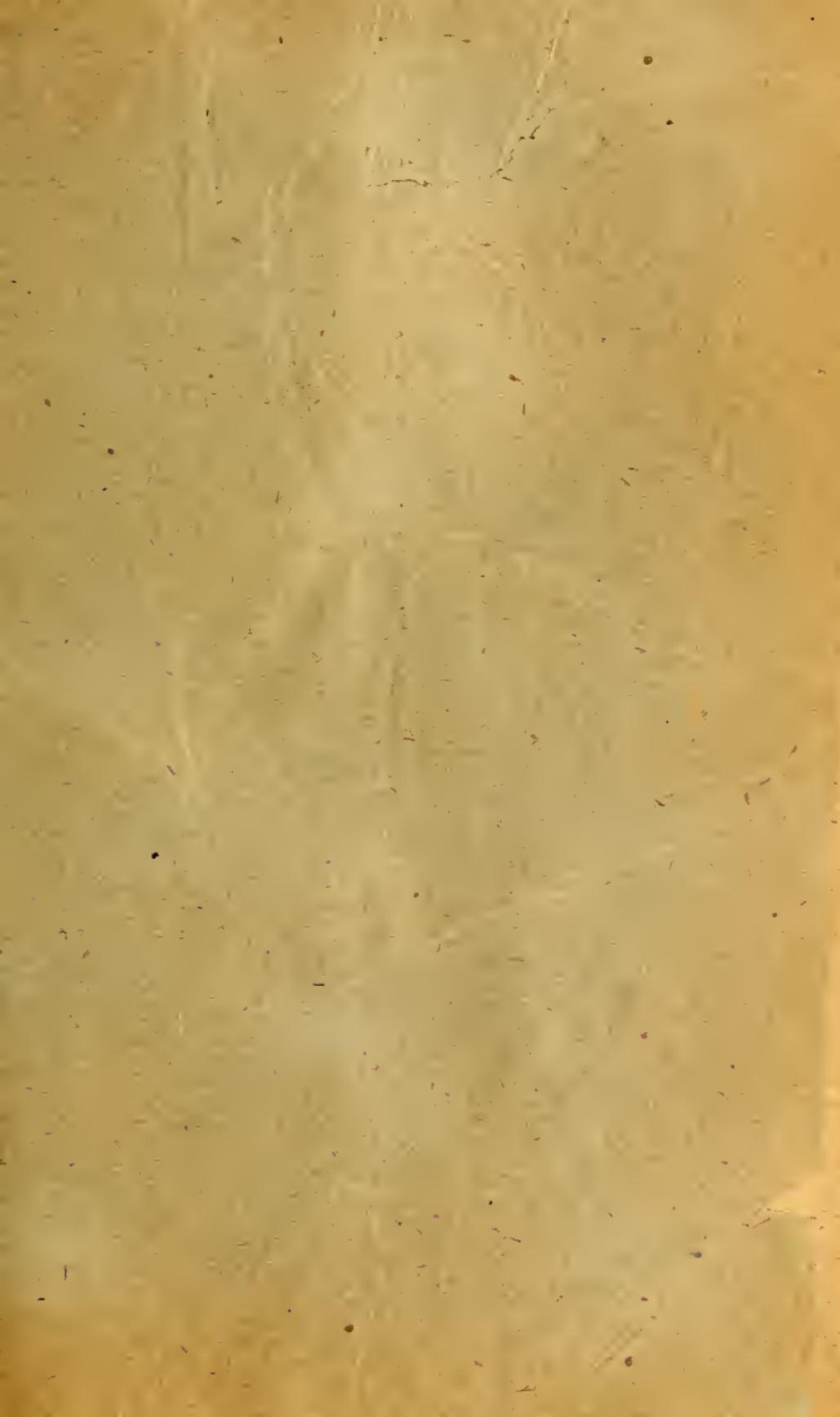
El Príncipe Bernardo de Saldaña (4 actos).

N O V E L A

Oro! ¡Oro! ¡Oro!

La Melodía del Recuerdo.





PRECIO: 0'50